

*Medel, Soledad*

## El estructuralismo saussureano y la ciencia lingüística

**EN: R. Pascual, D. Romero, C. Fino, L. García y M.S. Medel (Eds.) (2013). Lenguaje y comunicación : Introducción a los principales problemas y perspectivas históricas. Buenos Aires : Nueva Librería. pp. 1-17**

*Medel, S (2013). El estructuralismo saussureano y la ciencia lingüística. EN: R. Pascual, D. Romero, C. Fino, L. García y M.S. Medel (Eds.). Lenguaje y comunicación: Introducción a los principales problemas y perspectivas históricas. Buenos Aires : Nueva Librería. pp. 1-17. En Memoria Académica. Disponible en: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/libros/pm.1135/pm.1135.pdf>*

Información adicional en [www.memoria.fahce.unlp.edu.ar](http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar)



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons  
Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0>

## *El estructuralismo saussureano y la ciencia lingüística.*

Por María Soledad Medel

En Pascual R. y D. Romero (eds.), (2013). *Lenguaje y comunicación. Introducción a los principales problemas y perspectivas teóricas*. Bs. As. Ed. Nueva Librería, pp. 99-118

### Consideraciones generales

El *Curso de lingüística general*<sup>1</sup> retoma las lecciones de Ferdinand de Saussure (1857-1913) y ubica su teoría entre los hitos de las ciencias del lenguaje. El autor define una serie de conceptos que serán objeto de discusión para la mayor parte de las investigaciones lingüísticas posteriores.

C. Bally y A. Sechehaye fueron alumnos de Saussure en diversos cursos de lingüística general dictados en la Universidad de Ginebra entre 1907 y 1911; a partir de sus apuntes y los de sus compañeros, puesto que Saussure ya había muerto, publican en 1916 el *Curso de lingüística general* (CLG de aquí en adelante) donde aparecen los lineamientos y la metodología que convierten a la lingüística en un paradigma para las otras ciencias sociales y humanísticas de lo que se denominó el estructuralismo. Sin embargo, cuando se habla de Saussure como el referente máximo del estructuralismo se utilizan, sin dejar de ser fieles al ginebrino, términos y expresiones de otros. Por ejemplo, la denominación misma de esta corriente, parte de una nomenclatura adjudicada por los sucesores y no por él: “(...) ni la función del lenguaje ni su utilización afectiva en esta función representan, para Saussure, factores anárquicos que pueden amenazar su carácter organizado. Saussure demuestra ahora de manera positiva, que el lenguaje, en cualquier momento de su existencia, debe presentarse como una organización. Saussure da el nombre de sistema a esta organización (sus sucesores hablarán con frecuencia de estructura)”.<sup>2</sup>

Asimismo, Benveniste plantea esta idea: “La tendencia estructuralista que se afirma desde 1928 y que luego habría de ser puesta en primer plano tiene así sus orígenes en Saussure. Aunque éste nunca haya usado en sentido doctrinal el término “estructura” (el cual, además, por haber servido de lema a movimientos muy diferentes, ha acabado por perder todo su contenido preciso), la filiación es indudable, de Saussure a todos los que buscan en la relación de los fonemas entre sí el modelo de la estructura general de los sistemas lingüísticos.”<sup>3</sup>

El CLG contiene en su primer capítulo una revisión histórica de lo que había sido la lingüística hasta ese entonces. Esta primera operación le sirve a Saussure para posicionarse en el “campo intelectual” de su época y, a la vez, desprenderse del mismo a través de su incansable deseo de transformar a la lingüística en una ciencia. La “Ojeada a la historia de la lingüística” organiza en tres etapas los estudios realizados hasta ese entonces. La primera de ellas corresponde a los estudios llevados a cabo desde los antiguos griegos hasta los

---

<sup>1</sup> Saussure, Ferdinand de (1945)

<sup>2</sup> Ducrot, O. y Todorov, T. (2011)

<sup>3</sup> Benveniste, Émile (1985)

franceses en los que reina la normativa, es decir, el eje es la distinción entre lo correcto y lo incorrecto y “su punto de vista es necesariamente estrecho”.

Luego se da el desarrollo de la filología, que adquiere un matiz científico de la mano de Wolf en 1777 y que se continúa en nuestros días. La tarea de esta disciplina consiste en el análisis, la interpretación y la crítica de textos literarios, por lo que su objeto de estudio no es exclusivamente la lengua sino que además observa y analiza la historia literaria, su contexto social, etc. La mirada lingüística de esta ciencia radica en el desciframiento de lenguas arcaicas, autores “difíciles” sin olvidar la comparación de lenguas que será el germen de la lingüística histórica. A esta etapa se le critica básicamente el apego por la lengua escrita y su consecuente indiferencia hacia la lengua oral.

La tercera fase la constituye la gramática comparada y a esta escuela pertenecía Saussure. Se considera que Franz Bopp, en 1816 con su obra *Sistema de la conjugación del sánscrito* en la que estudia las relaciones que unen el sánscrito con el germánico, el griego, el latín, entre otras, representa de la manera más acabada a este movimiento.

Pero la lingüística propiamente dicha se comienza a esbozar con el análisis de las lenguas romances y germánicas. No se puede dejar de mencionar autores como Diez, Whitney y los Neogramáticos alemanes.

Si bien Bopp y posteriormente otros autores abrieron un camino vasto en sus investigaciones, Saussure critica de sus antecesores no haber llegado a plantear a la lingüística como una ciencia y la causa esencial de este error radica en no haber determinado la naturaleza de su objeto de estudio. Este punto es radical para comprender la importancia de la “revolución saussureana”, ese desprenderse de otros intelectuales de su época que afirmábamos en párrafos anteriores. Él propone que una ciencia para ser tal debe determinar la naturaleza de su objeto de estudio y además, que sólo así será capaz de procurarse un método.

En el capítulo segundo del CLG se expone la tarea de la lingüística. Desde el punto de vista metodológico, plantea, en primer lugar, la necesidad de describir y reconstruir la historia de las lenguas madres, en segunda instancia, derivar leyes generales. Y finalmente, “deslindarse y definirse a ella misma”. Más tarde propondrá ubicar a la lingüística en el seno de la semiología, erigir a la lingüística en un modelo general de toda semiología, entendiendo que la lengua no es más que un sistema particular.

Cuando Saussure sostiene que la lingüística debe autodelimitarse y definirse, se entiende que sin este paso el carácter científico que quiere dar a sus estudios sería imposible. Justamente por esto, asistimos a un tercer capítulo donde casi exclusivamente leeremos acerca del objeto de estudio como su título lo indica “Objeto de la lingüística”.

Frente a la pluralidad de hechos que se producen en las diversas manifestaciones del lenguaje resulta esencialmente complejo jerarquizar y elegir un aspecto para consagrarlo objeto de la lingüística. Saussure se pregunta qué estudiar, si elegir una categoría o intentar caóticamente tomar todas, idea esta última que rechaza inmediatamente aduciendo que otras ciencias podrían reclamar como objeto ciertos aspectos del lenguaje (a saber, la psicología, la fisiología, la antropología por nombrar sólo algunas). Más aún, se vuelve más

difícil cuando nuestro autor presenta una serie de dualidades de lo que denomina el “fenómeno lingüístico”:

**-Sonido y pensamiento**

**-Aspecto individual y aspecto social**

**-Sistema establecido y evolución histórica**

La primera dualidad hace referencia al hecho de que el sonido, que es una realidad acústico-vocal, interesa a la lingüística en tanto y en cuanto es una expresión del pensamiento. No sólo es un hecho complejo físico y fisiológico sino que además conforma una unidad con un elemento exclusivamente psíquico que es el pensamiento.

La segunda dualidad marca un eje en el CLG: cada vez que alguien habla realiza un acto individual pero a su vez utiliza la lengua de su comunidad. Sobre esto, volveremos más adelante.

Finalmente, la tercera dualidad pone de manifiesto que el sujeto utiliza un sistema dado, vigente, y que, sin embargo, proviene de una lengua en evolución constante.

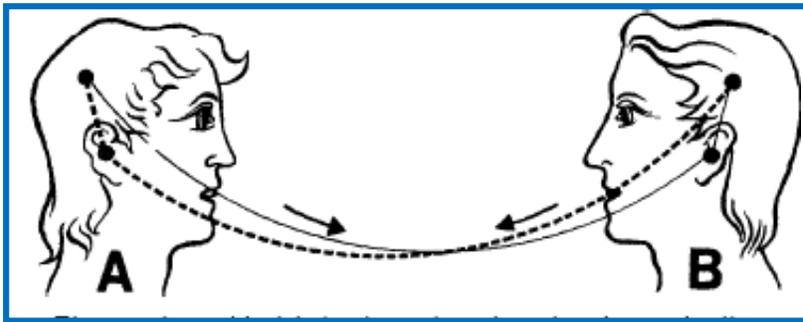
De cara a esta multiplicidad de caracteres y factores que constituyen un fenómeno lingüístico, Saussure decide delimitar su objeto, en primer lugar, sobre la base de la distinción entre lo social y lo individual. En el dominio de lo social reside el objeto de su ciencia: la lengua. Este código común a través del cual los hablantes realizan sus intercambios lingüísticos se puede recortar del resto del lenguaje. Y, en segundo término, a partir de la diferenciación entre lo psíquico y lo físico, que será el fundamento de la noción del signo lingüístico.

#### **Lenguaje, lengua y habla**

Deslindar el objeto de estudio de esta ciencia, nos lleva a definir varios conceptos que entran en juego a la hora de las múltiples manifestaciones del lenguaje. Así, *lengua*, *lenguaje* y *habla* son instancias abordadas por el autor.

El lingüista retoma de Brocca la idea de que el ser humano posee una facultad del lenguaje, alojada en la tercera circunvolución frontal izquierda del cerebro. Dicha facultad incluye todos los aspectos ligados al lenguaje, inclusive la escritura. Y estas conclusiones devienen de investigaciones sobre distintas formas de afasias, de las que se desprende la idea de que hay una facultad general que gobierna los signos.

Para Saussure, el lenguaje incluye la lengua y el habla, es de carácter social e individual a la vez y, por lo tanto – y en contraposición con la lengua-, heterogéneo. El lenguaje involucra procesos de naturaleza física, fisiológica y psíquica. Esto último se desprende de lo que Saussure considera el circuito de la palabra en el cual suceden los siguientes fenómenos: el primero, puramente psíquico, en el que un concepto se asocia en el cerebro a una imagen acústica; el siguiente proceso, fisiológico, en el que el cerebro transmite un impulso correlativo a esa imagen a los órganos de fonación; finalmente, el hecho puramente físico de transmisión de las ondas sonoras de la boca de un individuo al oído de otro. El siguiente esquema se propone en el CLG para graficar el circuito de la palabra:



Así, en el cerebro de A se asocia un concepto a una imagen acústica (fenómeno psíquico), luego el cerebro transmite un impulso a los órganos de fonación (proceso fisiológico) finalmente las ondas sonoras salen de la boca de A hacia el oído de B (acontecimiento físico). Este circuito se da a la inversa en B, que primero oye ondas sonoras, luego transmite al cerebro una imagen acústica y finalmente en el cerebro realiza la asociación psíquica de esa imagen con el concepto. La reacción lingüística de B replicará este circuito.

En el CLG se afirma que el lenguaje es individual y social, heteróclito, multiforme, heterogéneo, físico, psíquico y fisiológico. Veamos un ejemplo, si Juan dice “Hace cinco años nevó en la ciudad de La Plata” podemos sostener que se producen dentro del mismo fenómeno distintos acontecimientos: en primer término, un hecho individual que tiene lugar en el circuito de la palabra explicado anteriormente, es decir la asociación de los conceptos a sus respectivas imágenes acústicas en el cerebro de Juan, la transmisión de los impulsos correlativos a los órganos de fonación y la emisión de ondas sonoras salidas de la boca de este individuo. En segundo término, Juan hace uso del español, es decir, toma y participa de un contrato social que es esta lengua; por lo tanto inscribe su emisión (“Hace cinco años nevó en la ciudad de La Plata”) en el seno de lo social. Al estar conformado por aspectos individuales y sociales a la vez, el lenguaje resulta heterogéneo e inasequible para una sola ciencia. Saussure afirma que otras ciencias podrían reclamar como suyo el mismo objeto o parte de él y fija su mirada en otro aspecto del fenómeno lingüístico.

Siguiendo con el mismo ejemplo, la frase pronunciada por Juan está inscripta en un código, en este caso el español. El uso de este código le permite a Juan no sólo construir su frase sino también destinarla a otro usuario del mismo código. Cuando María escucha “Hace cinco años nevó en la ciudad de La Plata” sus oídos captan ondas sonoras, transmite a su cerebro imágenes acústicas y sólo porque comparten el mismo código es que asocia esas mismas imágenes acústicas a los mismos significados que Juan.

Lo que comparten es el registro en sus mentes de las mismas asociaciones entre sonidos y significados, es decir, comparten la misma **lengua**: “Si pudiéramos abarcar la suma de las imágenes verbales almacenadas en todos los individuos, entonces toparíamos con el lazo social que constituye la lengua”. Si bien el conjunto de asociaciones existe en el cerebro de cada individuo, la lengua está completa sólo en la masa. Un sistema se convierte en un código al ser compartido.

Para Saussure es la lengua la que le da unidad al lenguaje, por ser su aspecto social. Esto es: la comunidad le otorga y le impone al sujeto la lengua que utilizará. El hombre recibe, entonces, su lengua pasivamente. El lado individual y ejecutivo conforma otro aspecto del lenguaje.

La lengua es parte del lenguaje, una parte separable y diferenciable de los otros hechos del lenguaje, que constituye un conjunto de convenciones adoptadas por el cuerpo social. Se trata de un sistema de signos, con reglas propias, cuya unidad resulta de la unión del sentido y de la imagen acústica, ambos de naturaleza psíquica. En tanto que sus unidades son todas de carácter psíquico, la lengua es homogénea.

En el CLG se enumeran las siguientes características de la lengua:

1° “Objeto bien definido en el conjunto heteróclito de los hechos del lenguaje. (...) La lengua es la parte social del lenguaje, exterior al individuo (...).”

2° “Es un objeto que se puede estudiar separadamente”

3° “Es de naturaleza homogénea: es un sistema de signos en el que sólo es esencial la unión del sentido y la imagen acústica, y donde las dos partes son igualmente psíquicas.”

4° “Es un objeto de naturaleza concreta (...) realidades que tienen su asiento en el cerebro”

Queda delimitado, entonces, el objeto de estudio saussuriano: la lingüística debe abocarse esencialmente a la lengua, que es de carácter social, y secundariamente al acto individual, de ejecución del lenguaje, de naturaleza física y donde el sujeto tiene un rol activo: el habla. Ambas, lengua y habla, interactúan; dice Saussure: “(...) oyendo a los otros es como cada uno aprende su lengua materna que se deposita en nuestro cerebro al cabo de innumerables experiencias”.

La tercera de las tres instancias abordadas por el autor para caracterizar un fenómeno lingüístico es su costado ejecutivo: el habla. Es decir, el mecanismo psicofísico que le permite al individuo expresar sus pensamientos al utilizar la lengua. Cada vez que un sujeto habla, combina de una manera particular e irrepetible los signos de su lengua. Realiza un acto de voluntad e inteligencia, absolutamente individual. Cuando imaginamos a Juan diciendo “Hace cinco años nevó en la ciudad de La Plata”, damos por sentado que Juan decide proferir dicha frase, y que además, si decidiera volver a enunciar esa idea muy seguramente no combinaría los signos de la misma manera, y que aún si realizara la misma combinación nunca la pronunciaría del mismo modo.

El habla es de naturaleza heterogénea dado que está compuesta por aspectos de distintos órdenes: físicos, fisiológicos y psíquicos (producimos sonidos, el cerebro da órdenes al aparato fonador, pensamos signos y decidimos usarlos). El habla, por su naturaleza heterogénea y su carácter individual no puede ser sistematizada, por tanto, no cumple con los requisitos que Saussure busca para su objeto de estudio. Sin embargo, no se puede dejar de observar que Saussure plantea que la relación entre lengua y habla es indisociable: sin

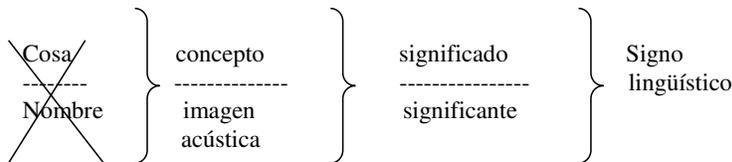
una no existiría la otra. Hablamos porque usamos una lengua y una lengua se conforma con la suma del habla de los individuos de cada comunidad.

En síntesis, el objeto de la lingüística será la lengua, un sistema de signos al cual Saussure le da un estatus privilegiado entre los sistemas de signos en general: ritos, costumbres, etc. Para todo ese gran número de sistemas sígnicos Saussure propone la concepción de la semiología como ciencia que incluiría a la lingüística y, de hecho, ella misma, la semiología, estaría incluida en la psicología social y, por ende, en la psicología general.

### El signo lingüístico

La *lengua*, en tanto sistema, posee una unidad: el signo lingüístico. Se plantea que dicha unidad es una cosa doble en la que confluyen significados y huellas de sonidos. El signo está constituido, entonces, por dos términos: el concepto y la imagen acústica. Ambos mantienen un vínculo de asociación en nuestro cerebro y por ello son psíquicos. El autor se interesa por remarcar que no habla de una *cosa* y su *nombre*, sino de un concepto o idea de esa cosa y de una huella psíquica, no material, de ese sonido. Si bien escuchamos sonidos, no nos hacen falta para pensar signos lingüísticos, nos representamos mentalmente esos sonidos. Podemos, por ejemplo, “hablar en silencio”, imaginar conversaciones enteras, sin siquiera pronunciar un sonido.

Concepto e imagen acústica conforman una unidad, se requieren recíprocamente y Saussure los denomina *significado* y *significante* respectivamente.



El signo es la suma indivisible de un significado y un significante; según Saussure, habitualmente, “en el uso corriente”, utilizamos “signo” para designar sólo al significante, decimos algo acerca de la palabra tal o cual (nieve, Juan, etc.) pensando sólo en su imagen acústica y olvidando que además conlleva un significado. Por tal motivo decide deslindar componentes y totalidad con las nuevas designaciones ya referidas: significado, significante y signo.

Entonces, el conjunto significado–significante constituye un todo indisoluble al que el autor atribuye ciertas características, a saber: arbitrariedad, linealidad, inmutabilidad y mutabilidad.

El signo lingüístico es **arbitrario** porque “el lazo que une al significante con el significado es arbitrario”. Se entiende por arbitrario: inmotivado, que no deviene de ninguna causa “natural”, que no es elaborado por quien lo utiliza.

Por un lado, se dice que el signo es inmotivado con relación al significado “con el cual no guarda en la realidad ningún lazo natural”. Por ejemplo, no hay nada que nos lleve de manera natural a asociar el significante lápiz al concepto de lápiz. Cualquier otra secuencia de sonidos podría referir el mismo significado. De hecho para los mismos conceptos las diferentes lenguas utilizan diferentes significantes y, esta última, es una prueba que esgrime Saussure para justificar esta característica primordial del signo lingüístico.

Por otro lado, el signo es recibido como totalidad (suma de significado y significante) por el sujeto y éste lo toma de una sociedad. Es un “hábito colectivo”, “una convención”, dice Saussure, sobre el cual el sujeto no tiene incidencia. Tomemos el signo “lápiz”: si una persona intentara llamarle de cualquier otro modo al lápiz, “cigarrillo” por ejemplo, podría hacerlo pero no sería comprendido por el resto de los participantes de su lengua. Por tanto se perdería la esencia de lo que hemos definido como lengua: ese conjunto sistematizado de elementos que usamos quienes compartimos el español, en este caso. Como la lengua es una imposición de la sociedad, también lo es el signo en su totalidad y no tenemos potestad para modificar el vínculo que une a sus constituyentes.

En el CLG, se propone la comparación con el símbolo en el cual sí habría motivación para que un concepto sea representado por un signo y no por otro. Por ejemplo, el símbolo de la justicia, la balanza, no podría ser representado por cualquier otro. Hay allí una motivación, algún tipo de vínculo “natural” entre el significante y el significado.



Uno de los fenómenos que Saussure admite que se produce en la lengua y que podría atentar contra el concepto de arbitrariedad es el de las onomatopeyas. Una onomatopeya es un signo que intenta imitar en su forma, en su secuencia de sonidos, un sonido extralingüístico, de la realidad. Por ejemplo, el ladrido del perro “guau guau”, el canto del gallo “quiquiriquí”, el sonido del timbre “ring”, entre otros. Sin embargo, las desestima puesto que son marginales, es decir, escasas en la totalidad de la estructura de una lengua e, incluso, la gran mayoría tampoco son motivadas. Además, basta ver que las onomatopeyas no son idénticas en todas las lenguas para dar cuenta de su arbitrariedad. El ladrido del perro no responde a la misma onomatopeya en inglés, francés, español, y muy improbable es que los perros ladren en distintos idiomas.

La misma explicación que para las onomatopeyas da Saussure para las exclamaciones, son escasas y dudosamente motivadas, básicamente porque varían de una lengua a otra.

El significante es **lineal**; esto significa que se desenvuelve en una línea temporal. Al ser de naturaleza acústica, auditiva, los significantes se presentan incluso cuando los pensamos, de modo consecutivo, nunca simultáneo y esto es así porque se desarrolla en el tiempo. No podemos producir, pero tampoco representarnos mentalmente, dos signos lingüísticos a la vez. Esta característica del significante se evidencia en la escritura, donde se representan gráficamente los sonidos que se suceden temporalmente en la lengua. No sucede así en otros sistemas de signos donde la simultaneidad es posible. Podemos pensar en la salida de una cochera donde suele haber un semáforo y además una sirena que nos advierten simultáneamente la salida de un vehículo. Podemos percibir, en conjunto, ambos signos: la luz y el sonido.

Estas dos primeras características del signo lingüístico, **arbitrariedad** y **linealidad**, son centrales en la teoría saussuriana y participan de algún modo en las dos siguientes: **inmutabilidad** y **mutabilidad**.

El signo lingüístico es inmutable esencialmente por una cuestión que describimos anteriormente a propósito de su arbitrariedad. Esto es, el sujeto no tiene incidencia sobre la lengua y, consecuentemente, sobre los signos que recibe. Cada individuo utiliza la lengua como un estado de cosas dado de antemano y no puede modificar a voluntad los signos que emplea. Dijimos más arriba que un sujeto puede decidir llamar “cigarrillo” a un lápiz pero que esto no tendrá curso en el intercambio real que implica la lengua, puesto que ésta se basa en el consenso y no en la innovación. La arbitrariedad del signo interviene tanto en el sentido mencionado como en el siguiente: si la unión de un significante con un significado es arbitraria y deliberada no habría motivo alguno para elegir otra relación tan arbitraria como la original para modificarla. No valdría la pena elegir otro significante para un significado si éste tampoco tiene otro fundamento más que una elección arbitraria.

La lengua, además, es una estructura extremadamente compleja, con una arquitectura cerrada y una cantidad innumerable de signos. Es decir, modificar alguno de sus elementos implicaría alterar no sólo un signo sino la relación entre él y los otros elementos. Por tanto, un cambio que podría parecer simple desencadenaría una serie de transformaciones para nada sencillas.

Finalmente, aparece como fundamento de la inmutabilidad del signo lo que Saussure denomina “La resistencia de la inercia colectiva a toda innovación lingüística” y comienza su exposición de la siguiente manera: “La lengua- y esta explicación prevalece sobre todas las demás- es en cada instante tarea de todo el mundo; extendida por una masa y manejada por ella, la lengua es una cosa de la que todos los individuos se sirven a lo largo del día entero. En este punto, no se puede establecer una comparación entre ella y las otras instituciones.”<sup>4</sup>

Saussure explica, entonces, que el uso que hacemos de otros códigos, suele estar acotado a ciertas circunstancias y momentos de la vida de los individuos mientras que la lengua

---

<sup>4</sup> Saussure, Ferdinand de (1945: 99)

atraviesa todas sus actividades, tiempo y circunstancias. Por ello, la masa que es ante todo conservadora y se vale de lo establecido, es la garantía de su conservación. Sin embargo, la lengua está no sólo garantizada por la masa sino que además se encuentra atada a su pasado y vinculada con su devenir en el tiempo.

Esta última afirmación implica que el paso del tiempo garantiza la continuidad de la lengua, pero también – aunque parezca una contradicción- provoca una alteración de los signos lingüísticos. De hecho, las lenguas están constantemente modificándose aunque sus cambios no sean perceptibles para los individuos: del latín surgieron diversas lenguas, el español, el francés, el portugués, entre otras. Nuevamente nos encontramos frente a la dualidad saussuriana de lo individual y lo social: un solo individuo no puede modificar su lengua pero la incorporación de un cambio en el conjunto de la sociedad sí. El transcurso del tiempo, además de la continuidad, garantiza el cambio.

La alteración de la lengua por el paso del tiempo no implica, solamente, cambios fonéticos sufridos por el significante, o bien cambios de sentido en relación al concepto significado, sino también, el desplazamiento en la relación entre ambas caras del signo lingüístico. Estos desplazamientos se producen siempre y cuando una comunidad los adopte. Pensemos en la aparición de nuevos signos: copar, bancar; signos que conservando un mismo significante adquieren nuevos significados: bicicletear, colgar, clavar, plantar, etc. Aun conservando el mismo signo que ya existía, se incorpora uno nuevo que, como veremos, no lo reemplaza sino que se ubica en el sistema a partir de sus rasgos de similitud y de diferenciación con el original. Es decir, “clavar” no pierde su significación original de “poner un clavo” sino que hay una nueva vinculación entre el significante y un significado diferente: “no pagar un deuda”.

Otra manera de modificación de las lenguas es la incorporación de nuevos signos asociados a nuevas realidades, que muchas veces se trata de palabras importadas de otras lenguas, lo que se denomina préstamo: twittear, chatear, googlear, etc.

Saussure plantea que los cambios no son sistemáticos sino azarosos y responden a la fuerza que ejerce la sociedad sobre la lengua que utiliza. El estudio diacrónico de la lengua sería aquél capaz de dar cuenta de estos cambios que sólo involucran aspectos parciales del sistema. Es decir, la perspectiva diacrónica observará las leyes de los cambios que produjeron que la lengua se modifique y qué acontecimientos la transformaron. Mientras que, el estudio sincrónico enfocará en el concepto de lengua en tanto sistema, la lengua en un momento determinado, sin considerar su historia sino observando en su actualidad la relación de los elementos coexistentes.

#### **La teoría del valor**

“En la lengua sólo hay diferencias sin términos positivos. Ya se considere el significante, ya el significado, la lengua no comporta ni ideas ni sonidos preexistentes al sistema lingüísticos, sino diferencias conceptuales y diferencias fónicas resultantes de ese sistema.”<sup>5</sup>

---

<sup>5</sup> Saussure, Ferdinand de (1945: 144)

El signo no puede ser observado de manera aislada, si se considera que constituye la unidad del sistema *lengua*. Por lo tanto, se deberá analizar en relación con los otros signos, y es aquí donde entra en juego el concepto de *valor* en tanto propiedad del sistema. El signo mismo está compuesto por elementos de distinto orden, que se condicionan recíprocamente, y se recortan de una totalidad. Esto es: el pensamiento, si no se expresa por medio de palabras, constituye un todo indiferenciable; y la sustancia fónica es una materia maleable que se fragmenta para abastecer de significantes al pensamiento. La idea de valor, justamente, nos hace desechar la noción de signo lingüístico sólo como la unión de un sonido con un concepto, puesto que caeríamos en el error de aislarlo del sistema del que forma parte.

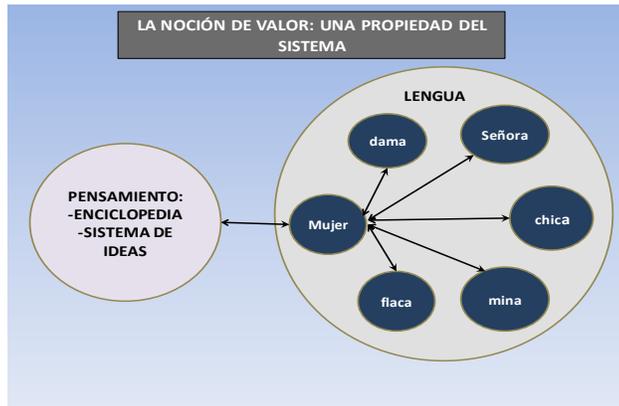
Saussure propone considerar el valor lingüístico en sus tres aspectos: el conceptual, el material y como totalidad.

Cuando se habla del *valor conceptual* de un signo es primordial entender que no se refiere a la *significación* del mismo. Como se dijo anteriormente, un signo se compone de un significado y un significante: la relación entre estos dos componentes se denomina *significación*; en cambio, a la relación de un signo, como totalidad, con los otros signos se la caratula como *valor*. Al decir que los valores corresponden a conceptos, se sobreentiende que son puramente diferenciales, definidos no positivamente por su contenido, sino negativamente por sus relaciones con los otros términos del sistema. Por ejemplo, si Juan le dice a María: “¿Quieres un bombón?”, mostrándole una caja llena, María tiene más de una opción para responder. Puede decir que sí o que no, pero también puede contestar que quiere dos y no uno. Esto se debe a que “un” puede funcionar como determinante y oponerse a “el”, pero también puede funcionar como cuantificador y oponerse a “dos, tres, etc.” Esto implica que “un” no tiene un valor en sí mismo sino sólo en relación con los otros elementos del sistema.

Los signos actúan por sus conexiones y diferencias con los otros signos, en su aspecto conceptual, pero también se comportan de este modo en su *aspecto material*. Se plantea que el sonido no tiene un valor por sí mismo sino que las diferencias de sonido son las que permiten distinguir una palabra de todas las demás. Más precisamente, los significantes lingüísticos no son fónicos, no están constituidos por una sustancia material, sino por las diferencias que distinguen una imagen acústica de otra. Así, en francés, la distinción del artículo determinado masculino singular y su plural “le/les” son perceptibles en la escritura por la /s/ final, pero en la oralidad la diferenciación está marcada por la apertura de la /e/ puesto que la /s/ final cae y no se pronuncia. Esta oposición fonológica es significativa en el francés, no así en el español que no distingue este rasgo como pertinente para la diferenciación.

Cuando se habla del valor del signo como totalidad se retoman las ideas anteriores de que la lengua está constituida sólo por oposiciones. Significado y significante por separado son entidades negativas y opositivas que viven de sus diferencias con otros, aún cuando su combinación es un hecho positivo. Lo que aporta significación es la incorporación de un signo al sistema puesto que no es cualitativa sino que se ve en oposición.

Una manera de mostrar la noción de valor sería la que se ve en el siguiente gráfico:



Como se puede apreciar, un signo no tiene valor por sí mismo, sino en virtud de sus diferencias con los otros. Gracias a esas diferencias el sujeto hablante elige una forma y no otra. Porque podría seleccionar cualquiera de ellas si no existieran las demás, pero está acotado, justamente, por sus distinciones. Así también, por el contexto lingüístico en que aparecen. La cadena de emisión, los otros signos presentes, limitarán la aparición de cada signo. Por ejemplo, en la siguiente frase<sup>6</sup>: “La señora del diputado lo acompañó en el acto oficial” el signo *señora* no sería habitualmente trocado por *mina* o *chica* si el sujeto domina el código. Es decir, los signos se vinculan entre sí en dos planos diferentes. A saber, establecen relaciones entre sí de índole **paradigmática** por un lado, y **sintagmática** por el otro.

Las relaciones sintagmáticas son aquellas que se dan en presencia, que entablan entre sí los signos encadenados en una sucesión lineal. Si, como decíamos antes, los signos nunca son simultáneos sino siempre consecutivos, este tipo de relación se apoya sobre dos conceptos fundamentales ya mencionados: la linealidad del significante y el concepto de valor.

Un elemento lingüístico se diferencia de otros que lo acompañan en una cadena de emisión, éste no tiene valor por sí mismo sino en virtud de las relaciones de oposición con los otros. Las relaciones sintagmáticas se pueden observar en una oración, palabra compleja, estructura nominal, etc. Por ejemplo:

- Descarriló una formación del Mitre.

<sup>6</sup> En este ejemplo y los subsiguientes se va más allá del concepto saussuriano de lengua; se trasciende el sistema y se abordan cuestiones del ámbito del habla. Será Jakobson quien llevará al habla las relaciones que formaban parte sólo del sistema de la lengua. Para una profundización en este tema, véanse Jakobson, R. (1967 y 1975) y Benveniste, É. “El aparato formal de la enunciación” (1969) quien con la Teoría de la enunciación aborda, dicho muy someramente, los rasgos en el enunciado acerca del momento, el sujeto, el modo, las intenciones: esto es, las marcas de la enunciación. La enunciación sería el acto individual de producir un enunciado y, por tanto, incluye factores que exceden los analizados desde la teoría de Saussure desarrollada en este capítulo.

- Des- carril- a- miento
- El descarrilamiento del tren.

Las relaciones paradigmáticas se dan en ausencia, son aquellas que entablan los signos con otros del código, fundando esta relación en el concepto de valor. Los rasgos que diferencian un elemento de otro, tanto en su significado como en su significante motivan la elección que el individuo realiza de uno u otro. Esto es, buscamos mentalmente, para producir un discurso, elementos asociados en nuestra mente por sus significados – tal es el caso de los sinónimos- o por sus significantes – la rima en la poesía.

En los ejemplos, se observa una intención deliberada del hablante de realizar asociaciones paradigmáticas entre los signos, sin embargo, este tipo de actividad –la de asociar un elemento con otros ausentes en la cadena de emisión- se da de manera constante y no siempre de modo consciente. En la frase: “La *señora* del diputado lo acompañó en el acto oficial”, puede no haber una reflexión acerca de si *señora*, puede ser trocado por *mina*, *mujer*, *dama*, etc. y, sin embargo, se elige un término y no otro. A veces, sí reflexionamos acerca de cuál palabra “significa más o menos lo mismo que otra” para no repetir la original. Otras veces, nos equivocamos y pronunciamos palabras que “suenan más o menos parecidas” pero que no tienen el significado que buscamos. Estas actividades se fundan en la posibilidad de relacionar los signos paradigmáticamente. Los actos fallidos nos pueden mostrar cómo asociamos dos términos cuyo significante es “parecido” pero esto no reviste un correlato con su significación. Por ejemplo, el ex ministro de economía Domingo Cavallo dijo en el año 2001 a propósito de las medidas económicas adoptadas: “Lo importante es crear un clima de confianza, quitarle los **medios**... los **miedos** a la gente (...) la reactivación requiere dos cosas: primero que la gente tenga ingresos para gastar, pero además que la gente pierda los **medios**... los **miedos** (...)”<sup>7</sup>. Las dos veces se corrige luego de pronunciar una palabra “equivocada” y la reemplaza por la deseada. La aparición de estos dos signos se funda en la relación paradigmática donde se asocian, en este caso por similitud, dos significantes.

Mediante relaciones asociativas se construyen las relaciones sintagmáticas de la lengua y éste es el fundamento del análisis estructural que se desarrollará con detenimiento en el capítulo siguiente.

Comentado [RP1]: Corroborar que sea el siguiente

### Revisión de la propuesta de Saussure: Émile Benveniste

“¿Cuál es el puesto de la lengua entre los sistemas de signos?” Este es el interrogante con que Benveniste comienza “Semiología de la lengua”<sup>8</sup>; allí se expone una comparación entre la teoría de Peirce y la de Saussure, a partir de la cual intentará, por un lado, definir los alcances de la ciencia semiológica y, por el otro, responder a la pregunta sobre el estatus de la lengua entre los sistemas de signos.

<sup>7</sup> [www.youtube.com/678](http://www.youtube.com/678): “Lo mejor del año: los mejores actos fallidos” 25/12/09.

<sup>8</sup> Benveniste, Émile (1999) “Semiología de la lengua”.

Peirce plantea la idea de que las realidades humanas pueden ser observadas y analizadas como signos. Analiza nociones matemáticas, físicas, sociales, religiosas en el marco de su propuesta semiótica en tanto ciencia de los signos. Su aporte fundamental está vinculado a la clasificación que realiza de los signos, establece una tripartición en: símbolos, íconos e indicios. Las palabras, para Peirce, son símbolos aunque algunas, como los pronombres demostrativos, están incluidas en la categoría de los indicios. Más allá de esta inclusión en alguna de las clases de signos, no hay en la teoría peirciana un interés particular por el funcionamiento de la lengua. Este autor dice que todo es signo, signo de otro signo. Benveniste propone que, para que no se anule la definición misma del signo, se debe establecer la diferencia entre el signo y lo significado, incluirlo en un *sistema de signos* donde cada unidad adquiere *significancia*.

A diferencia de Peirce, Saussure postula que la lengua tiene un lugar central entre los sistemas de signos (la escritura, el alfabeto de los sordomudos, los ritos simbólicos, las formas de cortesía, las señas militares, etc.) y que la lingüística debe formar parte de la semiología, ciencia de los sistemas de signos: “Lo que vincula la lingüística a la semiología es el principio, puesto en el centro de la lingüística, de que el signo lingüístico es “arbitrario”. De manera general, el objeto principal de la semiología será “el conjunto de sistemas fundados en lo arbitrario del signo”. En consecuencia, en el conjunto de los sistemas de expresión, la superioridad toca a la lingüística”.<sup>9</sup>

Benveniste plantea que los demás sistemas de signos son producidos e interpretados por la lengua y que la semiología deberá no sólo estudiar dichos sistemas sino además las relaciones entre ellos.

La significancia será la propiedad central de todo sistema semiótico, es decir, los signos son elementos que representan algo que no está presente y cuyo rasgo primordial es el de significar, por ello pueden ser estudiados por la semiología. Benveniste sostiene que todo sistema semiológico se caracteriza por:

- 1- Su modo de operación: la manera cómo actúa; el sentido al que se dirige (vista, oído, etc.)
- 2- El dominio de validez: aquel donde se impone el sistema y debe ser reconocido, obedecido.
- 3- La naturaleza y el número de sus signos: son funciones de las condiciones anteriores.
- 4- El tipo de funcionamiento: la relación que une los signos y le otorga una función distintiva.

Las dos primeras son condiciones externas a los sistemas y admiten variaciones o acomodaciones, mientras que la dos últimas son condiciones internas a los sistemas, semióticas y no admiten modificaciones.

---

<sup>9</sup> Benveniste, Émile (1999: 53)

Por ejemplo, en un partido de fútbol, el árbitro utiliza tarjetas para sancionar a los jugadores cuando cometen una falta; a partir de la caracterización anterior, este sistema de tarjetas funciona de la siguiente manera:

**Condiciones externas:**

- 1- Modo de operación: visual
- 2- Dominio de validez: cancha de fútbol

**Condiciones semióticas:**

- 3- Naturaleza y N° de sus signos: oposiciones cromáticas: amarillo/ rojo
- 4- Tipo de funcionamiento: relaciones opositivas amarillo/ rojo, y relaciones de reiteración/ acumulación en el amarillo.



Sobre la base de la descripción anterior, Benveniste delimita las relaciones entre sistemas semióticos a partir de dos principios que las afectan, a saber:

- 1- Principio de no redundancia: no hay sinonimia entre sistemas semióticos. Dos sistemas semióticos no pueden ser mutuamente convertibles.
- 2- No hay signos transistemáticos: dos sistemas pueden tener el mismo signo sin que haya sinonimia o redundancia. El valor de un signo se define solamente dentro del sistema que lo contiene, por tanto no cuenta la identidad sustancial del signo sino su diferencia funcional dentro del sistema. Por ejemplo, el guardapolvo blanco, es un signo que funciona dentro de diferentes sistemas de vestimentas pero adquiere significación conforme las relaciones de oposición que establece en cada uno; en las instituciones educativas el guardapolvo blanco identifica al alumno o maestro de escuela pública mientras que en las de gestión privada se utiliza uniforme, generalmente de color (no blanco); mientras que en otros sistemas de vestimenta, como el de salud, el guardapolvo blanco identifica otros roles.

Los sistemas semióticos deben, además, cumplir con ciertas condiciones mínimas:

- 1- Repertorio finito de signos
- 2- Reglas de disposición que gobiernen sus figuras
- 3- Independientemente de la naturaleza y del número de discursos que el sistema permita producir.

Uno de los problemas que se presentan a la hora de definir un sistema es el concepto de unidad puesto que el signo es una unidad pero también hay unidades que pueden no ser



La tercera, la relación de interpretancia, es la que le abre el camino a Benveniste para proponer su teoría de la enunciación y, revisar la propuesta de Saussure, al ver su teoría como un estudio acotado al aspecto semiótico pero no semántico.

Por un lado, la relación de interpretancia implica la existencia de dos sistemas: uno interpretante y otro interpretado y ningún sistema más que la lengua posee esta facultad de categorizar e interpretar a los demás y a sí misma. La lengua y sólo ella puede realizar la actividad metalingüística.

Por otro lado, la lengua es el modelo del funcionamiento semiótico, en tanto que posee unidades distintas, todas ellas signos, es utilizada por todos los miembros de una comunidad con los mismos valores referenciales, está ligada o se utiliza para referirse a una situación dada y desempeña un rol en la comunicación entre sujetos.

La supremacía de la lengua por sobre los otros sistemas semióticos responde básicamente a que posee una *doble significancia* que ningún otro sistema contiene. Esos dos modos de significar son el semiótico y el semántico. Por semiótico se entiende aquel modo de significación propio del signo como unidad, frente al cual el individuo actúa por identificación y reconocimiento, entonces identifica y reconoce al signo en sus relaciones de pertenencia y de oposición en el sistema. Por semántico, explica Benveniste que se trata de la significación dada por el discurso, aquella que apunta al sentido global del mensaje y aquí el sujeto actúa por comprensión, es decir percibiendo la significación de un enunciado nuevo. Y esto último sucede porque un enunciado no tiene sentido simplemente por la suma de las significaciones de sus partes y, finalmente, lo semántico se vincula con el mundo de la enunciación y el discurso.

Benveniste observa en Saussure el no salir del dominio de lo semiótico, perdiendo así la posibilidad de trascender el signo e ir hacia el enunciado.

En conclusión, Saussure reclama un lugar para la lingüística entre las ciencias y lo consigue. Una lingüística estructural cuyo objeto es un sistema, la lengua, y cuya unidad, el signo lingüístico, porta ciertas características que lo convierten a él y a la lengua misma en objeto de diversos estudios posteriores. Saussure además instaura la discusión acerca de la necesidad de una ciencia de los signos que incluya a la lingüística y a otros sistemas semióticos: la semiología. La definición y caracterización de la semiología y el lugar que ocupa la lengua dentro de los sistemas semióticos será una problemática que retomará Benveniste para plantear la necesidad de avanzar más allá de la lengua y enmarcar los estudios lingüísticos desde la perspectiva de la enunciación.

### Referencias

- Benveniste, Émile, (1985) "Saussure, medio siglo después". En *Ferdinand de Saussure. Fuentes manuscritas y estudios críticos*, Siglo veintiuno editores, México.
- ----- (1999) *Problemas de lingüística general*, Tomo II, Siglo XXI Editores, México.
- Ducrot, O. y T. Todorov, T (2011) *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*, 2da ed., Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires.
- Jakobson, R. (1975) *Ensayos de lingüística general*. Barcelona, Ariel.
- Jakobson, R. & M. Halle (1967) *Fundamentos del lenguaje*, Madrid, Ayuso.
- Saussure, Ferdinand de (1945) *Curso de lingüística general*, Traducción, prólogo y notas de Amado Alonso, Editorial Losada, Buenos Aires.
- [www.youtube.com/678](http://www.youtube.com/678)- "Lo mejor del año: los mejores actos fallidos" 25/12/09.